

para un futuro, bien entendido, dentro de un
por de siglo, sobre todo, al considerarse, por
Yakov de Gurev, y otros, que en la actualidad
de las naciones, y especialmente de Rusia, al
dentro de un espíritu, y precisamente en el
este de sus puntos, tan como el punto de vista
una gran parte de la humanidad, de una gran
para la, y para la comunicación con otros
espíritus humanos, estos con los de animales
animales curiosos, que solo son los libros que
radio, que
Yakov de Gurev, y otros, que en la actualidad
lo que en la actualidad, y esta es una gran parte
historia, de la historia, y no de la
de punto de vista, y se admiten, y se admiten
de punto de vista, y se admiten, y se admiten
Madrid 20 de Mayo de 1881

ESTUDIOS CRÍTICOS.

ESTUDIOS CRITICOS

ENSAYO SOBRE EL CATOLICISMO, EL LIBERALISMO Y EL SOCIALISMO,
CONSIDERADOS EN SUS PRINCIPIOS FUNDAMENTALES, POR D. JUAN
DONOSO-CORTÉS, MARQUÉS DE VALDEGAMAS.

I.

Los filósofos franceses del siglo xviii habían atacado superficialmente la religion; se habían encarnizado, por decirlo así, con el cuerpo mismo de ella, y la habían injuriado con burlas y sarcasmos: pero los modernos filósofos, y muy singularmente los alemanes, han dirigido sus peor intencionados y más serios ataques al alma misma del Cristianismo, con una crítica profunda de que aquellos carecian, y con una dialéctica, si menos temible para los espíritus vulgares, mucho más capaz de hacer vacilar en sus creencias á los hombres discursivos. La secta anti-religiosa de los enciclopedistas tenía por principio una filosofía vulgar y rastrera: la crítica moderna anti-religiosa se funda

y sostiene en una filosofía seductora por lo que tiene de nuevo, que es la dialéctica y el método, profunda por lo que tiene de antiguo, que son sus dogmas; dogmas enunciados ya, así por los filósofos de la India y de la China, como por algunos de Grecia, pero desenvueltos ahora con singular maestría y corroborados con esa dialéctica y método científicos que caracterizan á los frios y lógicos pensadores de Alemania. Adiestrados en las luchas de la escuela, y aguzado el ingenio con las sutilezas de sus maestros, que ya se perdían en las nubes, ya se envolvían en tenebrosas profundidades, los discípulos de Kant, de Schelling, de Fichte y de Hegel, entraron en batalla contra la religión cristiana, armados de todas armas, y aplicaron aquellas filosofías especulativas á echar por tierra la religión, y con ella el principio de autoridad y todo cimiento de la sociedad humana.

Coincidió con esto el haberse extendido y generalizado por donde quiera, pero singularmente en Inglaterra y Francia, donde la industria y el comercio estaban más en auge, el estudio de las cuestiones económicas, creándose una nueva ciencia empírica y de inducción, que si existía ya en escritos y observaciones separados, se puede asegurar que no vino á reducirse á cuerpo completo de doctrina hasta los tiempos de Adam Smith. De la observación y estudio de la sociedad económicamente, se pasó á romper las trabas que impedían ó retardaban el desarrollo de la riqueza; y la manera de ejercer la industria y la manera de transmitir la propiedad fueron modificadas. La so-

ciudad antigua tenía organizado esto á su modo: la moderna ciencia lo desorganizó para dar á la fuerza productiva una completa libertad. Hubo, ó si no hubo, se deseó que hubiera, libertad de industria y libertad de comercio, y se proclamó como el *summum bonum* el principio de *laissez aller, laissez faire*.

Estas transformaciones y cambios se verificaron en unas naciones pausadamente; en otras, donde predominaban más los antiguos abusos é instituciones y las gentes que estaban en ellos interesadas, hubo un sacudimiento espantoso, como sucedió en Francia en la gran revolución del siglo pasado: pero donde quiera, ya en Francia, ya en los demás pueblos de Europa, ya de un modo, ya de otro, tuvo lugar el advenimiento de la clase media al poder, y el decaimiento, cuando no la caída, de la aristocracia de sangre y de los principios que ella sustentaba. La hora de la democracia no había llegado aún, si es que la hora de la democracia puede alguna vez llegar, y la clase media y el industrialismo se entronizaron.

Digo que la hora de la democracia acaso no llegue nunca, porque si bien basta la fuerza para conquistar el poder, es menester la inteligencia para conservarle, y la inteligencia colectiva, ó dígase la razón impersonal de la plebe, esa especie de voz divina é infalible, ni se oye, ni se puede oír nunca clara y distintamente. Por otra parte, ¿cómo dominar, al menos por el acuerdo de las voluntades, todas discordantes, y sometidas y domeñadas muchas por la miseria? ¿Cómo, sin cambiar radicalmente el estado social (que en mi

entender vale tanto como cambiar el natural, lo que solo Dios puede hacer), cambiar radicalmente el estado político, que no es sino una consecuencia fatal del primero? En la esencia, por lo tanto, es imposible el advenimiento de la democracia, y siempre que esta tome momentáneamente el poder, será para entregarle á un tirano, que ejecute en su nombre la venganza ó la justicia del pueblo. Necesario es que dominen los pocos en quienes se halla la inteligencia, los cuales irán siendo más, conforme la humanidad avance en su carrera, pero jamás serán todos. Uno de los signos de la inteligencia y de la capacidad es y será la riqueza; signo que irá siendo cada vez ménos engañoso, y manifestará mejor que en efecto es más inteligente y capaz el que le posee y á quien dá poder y predominio en el mundo.

El reinado de la clase media no tendrá fin sino con la civilizacion del mundo; pero la clase media, esto es, la inteligencia, el saber y la riqueza, manifestacion palpable del saber y de la inteligencia, se extenderán y aumentarán hasta aquel extremo de perfeccion, si no infinita, indefinida, de que es susceptible la naturaleza humana. Cualquier triunfo de la democracia revolucionaria será efímero, y si podrá atajar un momento la corriente de la humanidad en su progreso, nunca la sacará de su cauce, ni le marcará otro rumbo que el que fatal ó providencialmente sigue.

Cuando se considera este que llamamos progreso, para verle en lo presente y vaticinarle y crearle firmemente en lo futuro como una ley de la historia, y

se tiende la vista por los tiempos pasados, no se descubre época alguna en que la humanidad, por depravada é infeliz que se la quiera considerar ahora, haya sido ni más dichosa ni más digna de serlo. Una estadística de crímenes cometidos y de dolores sentidos en las diversas épocas de la historia, probaría matemáticamente este aserto. Una estadística de los goces, de los placeres y hasta de las virtudes, lo demostraría mejor aún. La humanidad camina por consiguiente á un término más venturoso, que se escapa á los ojos del alma, haciéndonos creer como que se pierde en lo infinito; porque mal podemos determinar hasta qué punto somos perfectibles. En el momento en que un hombre llegase á señalar claramente en su entendimiento ese extremo de perfeccion, ya sería perfecto hasta ese extremo, á no suponer en él una carencia de voluntad incompatible con el entendimiento supuesto y necesario para alcanzar á percibir y á comprender ese extremo mismo. Solo lo que la imaginacion nos pinta, y no lo que el entendimiento nos muestra y señala, es inaccesible á la voluntad. El siglo de oro no está en lo presente, ni se podrá esperar en la futuro; pero ¿quién supondrá que estuvo alguna vez en lo pasado, sino falsificando la historia?

Dirá alguno que no es meramente la imaginacion, ni la inteligencia tampoco, las que nos hacen ver ó imaginar ese ideal de perfeccion, ni la voluntad por sí sola la que nos hace buscarle y crearle en nosotros mismos, elevando nuestro sér hasta el modelo soberano que en lo interior concebimos. Ese milagro, dirá,

lo hace la fé, la fé que presta energía y dá alas al alma. Pero la fé, ni en el día, ni aún con mayores adelantos y progresos, podrá ser imposible. Para destruir la fé sería menester destruir y aniquilar el alma humana, de que la fé es la esencia misma. Toda la actividad, la potencia toda del alma es la fé. Una civilización adelantada no la destruye, sino que presta á la razón el justo y legítimo imperio que debe tener sobre ella para enderezarla á un buen fin; porque la fé, si no está moderada y encaminada por esta manera, bien puede ser á veces gérmen de grandes virtudes y de acciones maravillosas, pero lo es más á menudo de inhumanas atrocidades y de crímenes horribles. La fé, y no hablamos de la virtud teológica, sino de una calidad enérgica, natural y propia del alma, no es más que locura, sin la razón que la modere; locura furiosa que se hace epidémica y que dura siglos como una plaga del género humano.

La razón, moderadora de la fé, debe ser la dominadora del mundo: el reinado de la clase media, la soberanía de la inteligencia. Hay, con todo en este reinado algo que ofende á ciertas naturalezas, si poéticas, irreflexivas; algo que les parece profundamente vulgar y egoísta.

Algunos maestros de esta escuela, y en particular los economistas, han dado harto motivo á que se desconfíe de ellos, viéndolos faltos de fé en sus doctrinas, explicándolas é interpretándolas mal, y cuando no dudosos del porvenir del mundo, pronosticándole un porvenir de horrores. Unos han dicho: el precio de

las subsistencias se regula y establece por el trabajo que cuesta producirlas sobre el terreno más estéril que se cultiva; el aumento de población nos llevará cada día á cultivar terrenos más estériles; luego los propietarios se enriquecerán cada vez más con el aumento de precio, y los proletarios tendrán que trabajar cada vez más para sostener la vida. Otros exclaman llenos de angustia: el exceso de producción nos ahoga; el lujo y las necesidades facticias son el manantial de la riqueza; la invención de las máquinas acaba con el trabajo, y el más ligero accidente puede causar una perturbación social, cuando no un cataclismo. Viene Malthus, en fin, y dá los últimos toques á esta negra pintura, afirmando que la población crece más rápidamente que los medios de subsistencia, y que nos comeremos unos á otros si no se evita que nazca gente, ó si no se logra que mueran los nacidos que están de más en el mundo. El que no tenga asiento preparado en el banquete, que se vaya á la calle. Envíe Dios al ángel exterminador sobre la tierra, ó aquella maldición al menos que envió sobre la casa de Abimelec por haberse este apoderado de Sara, la mujer de su siervo. La peste, la guerra, el hambre y los vicios son, pues, convenientes y hasta necesarios como válvulas de seguridad de esta, para Malthus, máquina diabólica de la sociedad humana.

Estas consecuencias tan desconsoladoras como falsas, que los economistas deducían de sus doctrinas, y los verdaderos males del pauperismo, si menores que en otras épocas, más patentes y sensibles en la

nuestra, movieron á muchos á resucitar antiguas utopias, ó á crear otras flamantes para dar á la sociedad nuevo organismo, y por medio de un cambio violento y precipitado arrancarla de cuajo y sentarla sobre cimientos más conformes á la humana naturaleza y al bien á que debe aspirar el hombre en esta vida. Ya que el hombre no esperaba remuneracion en el cielo, queria esperarla y alcanzarla en la tierra. Ó padecer ó morir, decian los Santos; ó morir ó gozar, debian decir los que no lo fuesen. Se pusieron, pues, á buscar los reformadores el modo de proporcionar á la humanidad el mayor número de gozes, y de acabar con los males que la afligen, y á vueltas de algunas ideas nobles, generosas y filantrópicas, imaginaron los mas absurdos y peligrosos sistemas. Todos ellos vinieron á recibir el nombre de socialismo.

Esta doctrina, que hizo la crítica apasionada, pero en ciertos puntos y hasta cierto grado razonable, de lo existente, no supo crear sino delirios para reemplazar lo que imaginaba que destruía, y quiso no obstante realizarse en el mundo, y, si no causa única, fué parte muy eficaz en la revolucion de 1848. Las nacionalidades oprimidas se levantaron entonces y procuraron sacudir el yugo extranjero. Y la sangre derramada, y el estrépito de las armas, y singularmente los combates en las calles de París, y las blasfemias elocuentes de Proudhon, y los talleres nacionales de Luis Blanc, sobrecogieron de espanto á los honrados burgueses de todas las naciones, acostumbrados á la paz desde muchos años, y creyeron llegados los tiem-

pos apocalípticos y la profetizada fin del mundo. Los nuevos bárbaros que iban á destruir esta civilizacion no venian ya del Norte, como en lo antiguo, sino que salian de enmedio de nosotros; y olvidados nosotros de las luchas y revoluciones pasadas, y de los horrores que hicieron, que padecieron ó que presenciaron nuestros padres, creimos que no hubo nunca época alguna peor que la presente. La zozobra era grande; mas no se ha de negar que la causa de esta zozobra lo era tambien. Por lo mismo que la sociedad tiene ahora tantos y tan poderosos elementos para el bien, agitados estos y movidos en una direccion errada, podian hacer temer mayores y más hondos males que nunca.

El temor de la plebe amotinada y entronizada, y la rabia y el desprecio hácia ella, hicieron entonces que se imaginasen mil desvarios que oponer á los desvarios socialistas, como si la razon no bastase á refutarlos. Unos dijeron que los pueblos de Europa, hondamente corrompidos y decrepitos, se agitaban ya en las convulsiones de la agonía. Otros, renegando de toda creencia en la libertad y en el progreso humano, juzgaron indispensable la tiranía al gobierno de los pueblos; tiranía no fundada en la *legitimidad*, que dudaban, y con razon, que nadie reconociese, sino sobre la fuerza, que siempre reconocen todos. Otros entendieron que la falta de fe y los extravíos de la razon libre de su santo yugo, eran causa de todos los males, y quisieron someter la razon al yugo de la fe, no solo en lo que siempre debió estar sometida, sino en todos

los negocios puramente mundanos, en los cuales la razon ni se sometió ni pudo someterse nunca á la fe, ya que no hubo nunca una revelacion política ni una revelacion económica, aunque religiosa la hubo. Y otros, por último, aniquilaron completamente la razon humana, desconocieron su benéfico influjo, sostuvieron que la razon y lo absurdo tienen entre sí una afinidad misteriosa, negaron que por la discusion pudiese ponerse en claro cuestion alguna, y declararon solemnemente la imbecilidad del entendimiento y su incapacidad para descubrir la verdad en nada.

Un compatriota nuestro, dotado de una imaginacion poderosa, de agudísimo ingenio, de vehemente ambicion de gloria, de un amor desmedido á lo paradójal, de arrebatadora elocuencia, y de poca ó ninguna ternura y caridad en el alma, se hizo eco entonces de todas estas ideas, las formuló y sintetizó con precision y brío en discursos llenos de fuego, y compuso, por último, uno de los libros más sublimes y más absurdos que se han escrito en el siglo XIX. La Europa, cuando se compuso este libro, estaba delirando en el período más vivo de la fiebre, y el libro fué también el delirio de un febricitante.

La revolucion incarnada en Proudhon vomitaba blasfemias contra Dios: la reaccion incarnada en Donoso-Cortés vomitó blasfemias contra la humanidad y contra los dones naturales que Dios le ha conferido. Estos dos hombres eran dignos adversarios el uno del otro: eran dos energúmenos poseidos ambos por el demonio del orgullo. Proudhon renegaba de Dios y le

declaraba la guerra, porque no le revelaba el secreto de hacer felices á los hombres. Donoso-Cortés renegaba de la humanidad entera, porque no aceptaba la soberanía de su inteligencia y el yugo de sus opiniones: negaba la inteligencia de los demás, porque no reconocian la infalibilidad de la suya; y para hacer santas y buenas sus opiniones, trataba de unimismarlas impía y torcidamente con la santa doctrina de la Iglesia.

Proudhon decia: «Ea, Lucifer, Satanás, quien quiera que seas, ven á mí, demonio que la fé de mis padres opusieron á Dios y á la Iglesia. Yo predicaré tu palabra y saldré á la defensa del género humano.» Y Donoso-Cortés parece que respondia: «Yo no sé si hay algo debajo del sol más vil y despreciable que el género humano, fuera de las vías católicas.» Sócrates, Platon, Aristóteles, Epicteto, Confucio, Leónidas, Epaminondas, Marco-Aurelio, Trajano, Tito, Saladino, lo mejor de la docta Alemania, y la mayor parte de la sábia y poderosa Inglaterra, son, por consiguiente, despreciables y viles: los Estados Pontificios, el reino de las Dos-Sicilias y las repúblicas hispano-americanas, serán sin duda más dignas de admiracion y respeto. El género humano, por fortuna, tiene todavía sentido comun, y se rie igualmente de la proteccion y redencion que Proudhon le promete en nombre del diablo, y de los improprios y desvergüenzas que le dice Donoso, tomando el nombre de Dios en vano, ó dígase en falso.

Pero ¿de dónde venia este apóstol, este profeta, que descargaba tan furibundos anatemas sobre los

hombres, y que les anunciaba tan grandes desventuras si no hacian penitencia? ¿Venía del desierto, como Juan el Bautista, ó salía del apartamiento y soledad de algun claustro? Todo menos eso. El que declaraba la discusion inútil y hasta nociva, habia sido, ó era aún, periodista y diputado; el que maldecía la revolucion, se habia elevado por ella á los más altos honores, y era por ella marqués y ministro plenipotenciario; el que escarnecía los gobiernos representativos, estaba á sueldo de uno de estos gobiernos. Y, sin embargo, hay en el libro de Donoso-Cortés buena fé y convencimiento.

La misma pasion y el mismo orgullo que le habian hecho adoptar aquellas doctrinas, se las habian hecho creer al cabo. Si hubo un tiempo en que creyó, proclamó y defendió en sus escritos la soberanía de la inteligencia, ahora defendía, proclamaba y creía con la misma fuerza en la teocracia y en el absolutismo. No se puede ser tan elocuente sin estar convencido de lo que se dice. A Donoso se le puede acusar de locura, pero no de hipocresía; y al acusarle de locura, se ha de entender que hay en esta el *quid divinum* de que Hipócrates hablaba.

El *Ensayo sobre el catolicismo*, etc., es digno de admiracion y de estudio, porque pinta y refleja fiel y vivísimamente una faz de una época de agitacion y de tumulto en que parece que vuelven las ideas al caos del que debe salir algo nuevo. En este libro se descubren, al través de mil delirios, observaciones profundas, verdades útiles, y hasta algunos pensamientos ge-

nerosos. Aunque vivía aún en la sociedad la fé en el catolicismo, porque las puertas del infierno no prevalecerán contra él, se habian con todo debilitado las creencias, y Donoso Cortés trata de fortificarlas ó hacerlas renacer en los corazones, si no con razones muy sólidas, con elocuentes y hermosísimas frases, exponiendo los principales dogmas católicos con la hermosura más grande que cabe en cualquiera de las lenguas modernas, y aun estoy por afirmar que en la palabra humana. Si en las aplicaciones que ha hecho del dogma á la política y á la gestion de las cosas mundanas se ha extraviado nuestro autor, no se puede decir que haya entendido y explicado mal el dogma mismo; y en este punto, hasta donde alcance la corteza de nuestros conocimientos teológicos y de los suyos, le debemos defender de las acusaciones que contra él han lanzado algunos teólogos de profesion, los cuales le trataron como á intruso, le tacharon de ignorante, de mal avisado y hasta de hereje, y hubieran sido capaces de quemarle vivo á haber habido inquisicion, ó de desear que se le tragase la tierra, como á los que tocaron el arca sin ser levitas.

II.

Empieza Donoso su libro tratando de demostrar que toda cuestion política se resuelve en una cuestion teológica; y que la teología es la ciencia de las ciencias, y la clave de las dificultades todas. La teología es la ciencia de Dios; en Dios están por un modo altí-

simo y perfectísimo los ejemplares de las cosas: luego quien conoce á Dios debe conocer las cosas todas, é ignorarlas quien le ignore: pero no comprende ó no quiere comprender Donoso que la teología nos enseña á conocer algo de Dios, y no á conocer á Dios perfectamente. La teología es una ciencia humana, como las demás ciencias, en cuanto nos valemos para adquirirla de medios humanos, como son el entendimiento y el discurso que Dios nos ha dado naturalmente, y con los cuales deducimos algunas consecuencias sobre lo que Dios inmediata ó mediatamente nos ha revelado. Estas consecuencias interesan á la salvacion de las almas, aunque se puede ser mal teólogo é ir al cielo, y solo por incidencia interesan al gobierno de las repúblicas,

Desde luego se ha de creer que en la idea divina están las cosas todas y sus leyes; pero ¿cómo penetrar con el entendimiento humano, á no ser por favor y revelacion singularísima de los cielos, en la mente de Dios, y descubrir allí sus leyes, y conocer esos ejemplares ó arquetipos de todo lo creado? Por la revelacion, y hasta acaso se pueda decir que por la luz natural del entendimiento, se sabe que Dios es causa primera, mas no causa inmediata: y estas nos conviene averiguar, y en averiguarlas se emplea la ciencia, ya que Dios no quiso revelarlas para dar con su averiguacion empleo á la actividad nuestra, y á las facultades con que ha dotado nuestra alma. Si dijésemos siempre, tal cosa acontece porque Dios quiere, la ciencia no adelantaria nada, y al enunciar tan grande ver-

dad nos pondriamos en ridículo, porque no hay para qué enunciar lo que es evidente.

Así como en el entendimiento divino hay una idea formal que contiene en sí las ideas todas, así hay en la divina voluntad una ley de la que dimanen todas las leyes. Conocido Dios en su esencia, el alma humana tendria plenitud de sabiduría, y no habria menester de la ciencia para alcanzar el conocimiento de las causas segundas; pero como sólo en el estado de beatitud perfecta ó allá en el cielo, se puede tener algo de esa sabiduría, conviene resignarse aquí en la tierra á buscar por medio del estudio y del raciocinio el conocimiento de esas causas.

El Sr. Donoso, como todo lo generaliza, suele confundirlo todo, ó explicarlo al ménos de un modo harto confuso: y así, siguiendo en su tema de que la teología es la verdadera enciclopedia, nos dice que la inteligencia puede ser grandísima en los incrédulos, mas incapaz de descubrir la verdad, y esclava del error. ¿Pero qué inteligencia grandísima puede ser ésta que nada entiende y que todo lo equivoca? Inteligencia vale tanto como facultad de entender, y poca ó ninguna debe ser la inteligencia del que nada entiende, ó si entiende algo, lo entiende al revés de como debe entenderlo. ¿Habría querido decir el Sr. Donoso que los incrédulos están en el error porque no creen las cosas que deben creer? Estamos de acuerdo con el Sr. Donoso. Si la razon bastase á descubrir la verdad revelada, la revelacion hubiera sido inútil: mas no por eso las leyes de nuestro entendimiento están en oposicion

con esa verdad, ni la verdad repugna al entendimiento, ántes bien el entendimiento la apetece, como los ojos la luz. Esa verdad está por cima del entendimiento humano, y por eso se llama sobrenatural. Para conocerla y creerla necesitamos de la fé, así como para obrar obras aceptas á Dios, y ganar la vida eterna, necesitamos de la gracia, don sobrenatural que se encamina á un fin sobrenatural y ultramundano. Más para los fines de este mundo, y para el gobierno temporal de las repúblicas bastan, y Dios há querido que basten nuestros medios y facultades naturales; y nunca hizo sobre la política ó la economía revelacion general á los hombres, como la hizo sobre los principios de la moral en la cumbre del Sinai. Algunas veces por favor especial inspira á los gobernadores de ciertos pueblos para que los dirijan: más este es un milagro intermitente y no cotidiano, como diría el mismo Sr. Donoso; y lo natural y conveniente, aunque no lo cotidiano, es que los gobiernos atiendan por medio de la ciencia, fundada en la experiencia y en el raciocinio, al bien y prosperidad de los pueblos; y si bien pueden impetrar el auxilio divino, no han de confiarse hasta el extremo de que, si esquilman á los pueblos, y secan los manantiales de la riqueza pública, ó no procuran su desarrollo, hayan de esperar que lleven codornices ó maná para alimentarlos.

Confunde asimismo Donoso la palabra religion, y la palabra teología. Un estado no puede existir sin religion, concedo; sin teología, niego, á no considerarse la teología en lo sustancial, que ya entónces es la reli-

gion misma. Casi ninguno de los que gobiernan los estados sabe de teología ni palabra, y sin saberla puede gobernarlos muy bien, y muy mal sabiéndola. Si Alberoni y Richelieu gobernaron bien la España y la Francia, no fué porque eran teólogos ni porque eran cardenales; ántes sospecho que eran malos teólogos, y tengo por cierto que eran muy malos cardenales los dos.

En cuanto á la religion que debe haber en un Estado para que se conserve floreciente, ya esto se comprende bien, y se acepta como un axioma por toda persona sensata. La religion forma la moral é infunde las virtudes en el alma, y sin moral y sin virtudes no hay Estado próspero. Pero todavía sobre este punto conviene hacer varios *distingos*. Donoso dice las cosas tan absoluta y rotundamente, que es menester distinguir á cada paso, si no quiere uno caer en el error, á que su manía de generalizarlo todo le lleva á menudo. Porque si al hablar de religion, entiende la cristiana, ú otras que, aunque falsas, predicán una moral, si no muy pura, razonable hasta cierto punto, es claro que la religion es indispensable para que un Estado florezca; pero si por religion entendemos también la enagenacion mental de pueblos enteros, el culto de Moloc ó de Huitzilipotchli, con sacrificios humanos, que hielan de horror las entrañas, y con otras supersticiones groseras ó infames, más valdria acaso no tener religion alguna, y vivir como las bestias, que no conocen á su Criador.

Pero éste, con su infinita bondad, ó ha dejado ras-

tros de la revelacion primitiva aun entre los pueblos más incultos y bárbaros, ó naturalmente ha infundido en las almas la idea de su existencia y de su Providencia. Dios ha enviado por último á su Hijo Unigénito á la tierra para rescatarnos del pecado; y el Unigénito del Padre ha constituido su Iglesia, órgano infalible de todos los dogmas religiosos. Como su reino no es de este mundo, no ha fundado tambien sobre la tierra la nueva Jerusalem, que destina en el cielo á los bienaventurados. No era la voluntad del Señor darnos la bienaventuranza terrestre, sino la celeste. Con todo, como el que sigue la ley de Cristo debe tener una moral muy pura, resulta, que aun considerando este asunto humanamente, y como si fuésemos racionalistas, ha ganado la sociedad con el establecimiento de la Iglesia católica. La *abominacion de la desolacion* de los siglos medios, las matanzas periódicas de los judíos, la exterminacion de pueblos enteros por los cruzados, la servidumbre de los villanos y la tiranía de los señores, las hogueras de la Inquisicion, las guerras religiosas y los asesinatos del día de San Bartolomé, con otras mil aberraciones del espíritu ó grotescas ó feroces, se ha de pensar que sin el catolicismo hubieran sido mayores, y hubieran tomado otro pretexto cualquiera para realizarse. Atribuir al catolicismo todos estos males, como hacen los incrédulos, es una contradiccion y un absurdo. Para ellos no es más el catolicismo que una doctrina puramente humana, y el mal, que se suponga que causa, debe atribuirse al hombre, ya que la doctrina, segun ellos, no tiene

otro origen, á no pretender como Proudhon que el diablo es Dios, y que el Dios de los cristianos es el diablo. Los males que padeció, y los crímenes que cometió la humanidad, y los que padece y los que comete aún, fuera de las vías católicas, no se han de atribuir tampoco ni al protestantismo, ni al paganismo, ni al islamismo. Cualquiera de estas religiones, en lo que tenga ó pueda tener de divino, no puede menos de ser un remedio ó un consuelo á esos males, y un freno para los instintos perversos; y en lo que tenga de malo ó de false es institucion humana, y por consiguiente responsable el hombre de su maldad.

Este error de acusar á las religiones de las maldades y extravíos de los hombres, es exactamente igual al de los socialistas, que acusan y hacen responsable á la sociedad de los males que hay en ella, como sino fuesen los hombres los que constituyen y componen la sociedad: y como si los hombres, siendo cada uno débil de por sí, y perversos muchos de ellos, pudieran formar por la agregacion y combinacion de sus muchas debilidades y perversidades y del mal particular de cada uno, un bien general perfecto á maravilla. La sociedad por consiguiente no es responsable; lo son los hombres que la componen, y mejorándolos se mejora la sociedad sin duda alguna; á lo cual ha contribuido poderosamente el catolicismo; siendo cuanto sobre el particular dice Dososo, sentido y expresado con profundidad y lucidez, aunque muy sabido.

La sociedad, por otra parte, es en su esencia tan natural al hombre, que sus leyes fundamentales

arrancan de la misma naturaleza humana, y no es posible cambiarlas, sino cambiando la naturaleza misma. Constituir la sociedad sobre nuevas bases vale tanto como dar al hombre una constitucion diferente de la que tiene. Sin embargo, como el hombre á mas de ser sociable es perfectible, la sociedad se vá mejorando natural y pausadamente al compás que cambian y se mejoran los individuos que la componen. Las leyes de la sociedad y su progreso son en general tan naturales como las leyes y el movimiento de los ástros, y providencial ó fatalmente, segun el ateo ó el hombre religioso quieran entenderlo, es menester que se cumplan. Pero dentro de estos destinos providenciales caben holgadamente el libre albedrio del hombre, su responsabilidad, y los esfuerzos de la ciencia para cambiar los accidentes, cuando no la sustancia de las cosas. De esto tratan las ciencias políticas, y se entiende facilmente cuales son sus limites y hasta donde se extiende su poder, si se comparan con otra ciencia cualquiera. La medicina, por ejemplo, no cambia las leyes de la naturaleza del hombre material; pero, conociendo esas leyes y sirviendose de ellas, puede precaver de las enfermedades y curarlas. Las leyes del movimiento de los cuerpos no puede cambiarlas el hombre, pero puede conocerlas, y valerse de este conocimiento para inventar artificios con que dirigir las fuerzas mismas de la naturaleza. Asi las ciencias políticas, aunque no alteran las leyes, que sigue naturalmente la sociedad, y que no pueden alterarse sino por un milagro, pueden llegar á conocer esas

leyes, ó á entreverlas al ménos, y fundar sobre ellas la máquina del gobierno de las sociedades.

Si nos rebelásemos contra Dios, como dicen que hizo nuestro Rey Don Alonso el Sábio, sosteniendo que si él hubiera hecho el mundo le hubiera hecho mejor de lo que está, ó si pretendiésemos por medio de la ciencia cambiar la naturaleza material del hombre, y libértarle de las enfermedades y de la muerte, seríamos tan disparatados y blasfemos como Proudhon, cuando maldice á Dios, y llama en su auxilio al diablo para que le dé medios de cambiar la naturaleza moral del hombre, y de fundar el bien absoluto sobre la tierra. Mas si no nos aprovechásemos de nuestro entendimiento para averiguar las leyes de la mecánica, y aplicarlas á los artificios de la industria; ni las leyes de la vida para aplicarlas á la terapéutica y á la higiene; disculpando nuestra ignorancia, nuestra torpeza, ó nuestra desidia, con decir que Dios quiere que las cosas sean como son, y que no debemos remediar mal alguno, porque todos los males provienen del pecado y de la consiguiente depravada condicion de los hombres, por donde debemos llevarlos con paciencia y no tratar de remediarlos, seríamos más absurdos aun que los socialistas y los reformadores radicales.

La sociedad en general y sus leyes providenciales pueden alterarse, como la condicion material del hombre, por un milagro: y en este sentido decimos los católicos, y con nosotros Donoso-Cortés, que el catolicismo ha triunfado sobrenaturalmente, esto es, ha cambiado, ó tiende á cambiar la naturaleza por medio

de la gracia. Pero en lo contingente de la sociedad, en lo temporal y no en lo eterno, en las cosas de este mundo y no en las que tienen por objeto otro mundo mejor, en las cuestiones económicas y políticas, en una palabra, ¿qué tiene que hacer el catolicismo? ¿Hay acaso en todos los tratados de teología algo que determine si convienen ó no los gobiernos representativos, el sufragio universal ó limitado, el libre cambio, esta ó aquella dinastía, ó no someterse á ninguna? ¿La Iglesia no ha consagrado y admitido igualmente en su gremio á las democracias, á las aristocracias y á las monarquías? Pero dice Donoso que las cuestiones principales no son estas, sino otras más altas que resuelve el catolicismo, ó lo que él llama catolicismo. Examinemos, pues, las soluciones supremas que, por medio de este catolicismo aplicado á la política, dá el Sr. Donoso á esas cuestiones altas, y veremos que en último resultado no dá solución alguna, sino la vulgarísima y sabida de que tengamos paciencia y nos resignemos.

No era menester para esto escribir libro nuevo, habiendo ya tantos libros devotos con los cuales el fuego de la caridad y del amor de Dios inflama las almas, y las predispone suavemente á la resignación, dándoles la esperanza de gozar en la otra vida de ese amor infinito, y aun de alcanzar en esta algunos favores regalados del esposo místico. A Donoso-Cortés se le ocurren pocas veces semejantes ternuras, y más empeño muestra de helar á sus lectores con el miedo del infierno, que no de encenderlos en el amor del cielo.

La virtud y la fuerza principal de su estilo consisten en el sarcasmo y la ironía. Hay en su libro una sátira tan vehemente y tan deslumbradora contra la razón humana, y contra todas las ideas generalmente proclamadas en este siglo, y una defensa tan bien hecha de la esclavitud y de la imbecilidad del entendimiento, y un tan maravilloso y sublime panegírico de la efusión de sangre, que debemos tratar de refutarlos; así como debemos hacer notar que, si bien el dogma católico está expuesto fielmente en el libro singular de que nos ocupamos, se deducen en él tales consecuencias, que si no fuese el catolicismo divino, vendría á tierra, y se hundiría para siempre con pocos defensores que tuviese como el marqués de Valdegamas.

III.

De cuanto va dicho se deduce que Donoso-Cortés no solo defiende el despotismo, valiéndose de la religión, é interpretándola á su antojo, sino que pone contradicción entre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo, como si fuesen tres escuelas del todo enemigas y opuestas, y no se pudiese ser socialista sin ser ateo, ni liberal sin ser racionalista, ni católico sin ser servil. (1) El catolicismo es para Donoso, y con razón,

(1) Así como hay secta de neo-católicos serviles, cuyos apóstoles son Bonald, De Maistre y Donoso: hay secta de neo-católicos progresistas, como Gioberti, y muchos otros libera-